

perencia de las naciones y de los siglos. ¿Y se ha visto en la tierra algun pueblo culto que sea completamente ateo y subsista sin alguna creencia religiosa? ¿No sabemos que los que descubren ménos vestigios de ella son al mismo tiempo los mas bárbaros y mas próximos al estado de los animales? Hay ademas un hecho digno de singular atencion, y es que ni una sola nacion se ha limitado á ideas vagas puramente espirituales y especulativas de religion: guiadas todas por un instinto natural mas seguro que el raciocinio, todas han sentido que el puro deísmo no es mas que un ateísmo disfrazado, y todas han profesado una religion con sus creencias, sus preceptos y su culto, que es la expresion viva de los sentimientos comunes á todos. Mas poderosa en efecto la religion que la lira fabulosa que se dice amansaba á los tigres, ha presidido á la formacion de las sociedades humanas, ha suavizado los genios feroces, purificado las costumbres, estrechado los vínculos de la benevolencia y de la fraternidad, y cimentado en todas sus partes el edificio político. ¡Qué de maravillas podria referir aquí principalmente del cristianismo! Con harta frecuencia se ha gustado el triste placer de divulgar el abuso que ha podido hacerse de sus máximas; pero

siempre se ha guardado el mas profundo silencio sobre los inmensos bienes de que ha sido origen.

Está en fin generalmente reconocido que los pueblos mas célebres de la tierra, como los romanos, han hecho del juramento el vínculo mas fuerte de los contratos recíprocos y en particular de la disciplina militar: y ¿quién no ve que la fuerza del juramento proviene de los principios religiosos de tal modo que en el lenguaje ordinario se dice la *religion del juramento*? ¡Cosa singular, señores! ¡Cuando soñando solo los pensadores modernos en perfeccionar la sociedad, y dirigiendo á este objeto todas sus investigaciones y esfuerzos, parecia que debian tener sobre esto luces mas puras que el resto de los hombres, y conocer mucho mejor los verdaderos cimientos del edificio que intentaban reedificar, se muestran de tal modo ajenos del conocimiento del corazon humano, que no han advertido cuán necesaria le era la religion, y que sin ella carecian de estabilidad las leyes é instituciones políticas! Tal es el extravío de un entendimiento que se ciega á sí mismo, y que por desdeñar las luces de la experiencia se precipita en las tinieblas mas vergonzosas. Pero tal es tambien el imperio de la verdad, que res-

plandece aun en las circunstancias mas capaces de oscurecerla, y aun de aniquilarla. ¿Será preciso que recordemos un instante aquellos dias para siempre lamentables y tan léjos hoy de nosotros en que parecia haber prevalecido el poder de las tinieblas? En ellos estaban muda la religion, cerrados los templos, heladas las almas por el terror, calificadas de crímenes las virtudes, y los crímenes de virtudes, y la Francia toda era una arena inmensa cubierta de víctimas y de verdugos. Pues en medio de esos increíbles excesos, se dejó oír con energía la verdad, y las mas desenfrenadas pasiones rindieron un solemne homenaje á las doctrinas sagradas que las condenaban: se proclamó y se escribió sobre nuestros edificios públicos: *El pueblo frances reconoce al Ser Supremo, y la inmortalidad del alma.* Yo no ignoro que en esta extraña declaracion ha querido verse tan solo una irrision blasfematoria; ¿pero por qué no hemos de ver en ella un rasgo de esta providencia que se burla de sus enemigos, que arranca de su misma boca su propia sentencia, que los hace servir de instrumento á sus designios, y los estrella despues cuando quiere en su justicia? Si yo me complazco en ver en esto la mano del impío conducida en cierto modo por una mano

superior y forzada á trazar ella misma en el frontispicio de nuestros templos arruinados la palabra de consuelo para los buenos y de terror para los malos, y á grabar hasta sobre los escombros amontonados por la anarquía los dogmas conservadores de la moral y de las sociedades humanas.

Consultemos la razon despues de la autoridad y la experiencia.

¿Qué es lo que ella nos dice? Nos dice que la religion es la salvaguardia de la moral, y que la moral es á su vez la salvaguardia de las leyes; verdad reconocida por los buenos ingenios de todos tiempos, y aun por aquellos que olvidando la dignidad de su talento, solo han cantado y con demasía los placeres y el deleite. Testigo el poeta romano que pregunta, ¿de qué sirven las leyes sin las costumbres? ¿Qué mas nos dice la razon? Nos dice que importa á la prosperidad pública que los depositarios del poder tengan á los ojos del pueblo un carácter augusto y sagrado. Asegurada entónces la obediencia por el respeto que se les tributa, se asegura el reposo de las familias, y se precaven las sediciones y las medidas violentas que siempre ocasionan. No basta á la autoridad dar leyes, sino que es preciso que sean respetadas y

apreciadas por los que deben observarlas. ¡Y de dónde puede venir á las leyes y al poder su imperio sobre los corazones, sino principalmente de la religion que presenta las potestades como establecidas por Dios para la armonía social, y las leyes como reglas que entran en las miras de la providencia para dirigir las acciones de los hombres? ¿Qué me dice por último la razon? Me dice que las leyes humanas prohíben, sí, los crímenes que turban el orden social, pero que no prescriben virtudes; que arreglando solo la conducta exterior del hombre, no penetran en su corazon para cortar el mal en su raiz, y que no son ni bastante fuertes, ni bastante extensas para hacer observar todos los deberes de la amistad, del reconocimiento, de la hospitalidad, de la humanidad y de la piedad filial; deberes sin embargo estrechamente enlazados con la prosperidad de las familias particulares, y por consiguiente con el bien de la grande familia que es la sociedad. ¡Cuántos vicios hay, y cuántos delitos funestísimos á los que no alcanzan las leyes! Esos robos y esas injusticias que se cometen en la oscuridad y sin testigos, esos fraudes tan ocultos y comunes en el tráfico, esa ociosidad que engendra todos los vicios, ese egoismo tan sin piedad con el des-

graciado, esa intemperancia que enerva á un tiempo el alma y el cuerpo, ese desenfreno que introduce en la vida doméstica el oprobio juntamente con la discordia, esos escándalos que corrompen las buenas costumbres, esos chismes que siembran la division, esas calumnias oscuras con que se denigra al hombre de bien, esos desórdenes, y otros muchos semejantes que las leyes ignoran, ó que no castigan, son la plaga de las familias y el veneno que, royendo lentamente el corazon de la sociedad, prepara su ruina. El único remedio eficaz y universal contra ellos es la religion; de tal modo que siempre los veremos aumentarse á proporcion que se debilita el freno religioso. Sí, la sociedad mas floreciente en la apariencia, si no está animada y sostenida por la influencia secreta de la religion, se parece á esos edificios suntuosos por de fuera, pero que tocan ya á su ruina por haber gastado el tiempo su cimiento y la trabazon de sus diversas partes.

Parece, señores, que instruidos los franceses por la experiencia y desengañados de vanos sistemas é impracticables teorías, vuelven hoy á doctrinas mas sanas; que respetan mas la memoria de sus padres, y no tienen el extravagante orgullo de hollar cuanto han consagrado los

homenajes de las naciones y de los siglos. Ya hemos conocido que es muy peligroso hacer in-crédula á la multitud, y acaso aquellos escritores que ejercieron la fácil y triste profesion de corromperla, se avergonzarian, si aun viviesen, de sus deplorables triunfos. Sin embargo, si en general se advierte mucho mas la necesidad de la religion, hay tambien una máxima muy có-moda para los que la profesan, y por desgra-cia demasiado extendida entre los presumidos de bellos ingenios y los ricos voluptuosos, y es, *que se necesita una religion para el pueblo, pe-ro que únicamente es buena para él.* Yo no diré cuánta impiedad envuelve esta máxima, porque es ageno del plan de este discurso; pero sí que contiene uno de aquellos funestos errores con-tra los que jamas será excesiva euanta vehe-mencia puedan emplear para combatirlos todos los amigos ilustrados de las costumbres y de la patria. No era esta ciertamente la máxima del célebre publicista que dijo: „Aun cuando fuese „inútil que los súbditos tuviesen una religion, no „lo sería que la tuviesen los príncipes, y que „tascasen el único freno que pueden tener los „que no temen las leyes humanas (1).” Y ¿no

[1] Montesquieu: Esprit des lois, liv. XXIV, chap. II.

es aplicable lo que aquí se dice de los prínci-pes, aunque ménos rigurosamente, á todos los depositarios del poder, y en general á las pri-meras clases de la sociedad? Nosotros diríamos al hombre público: si estais elevado sobre el pueblo, no es para vuestro bien, sino para el su-yo, y todos los cargos, así en el órden político como en el religioso, no son mas que servidum-bres honrosas. Si creéis necesaria la religion para la felicidad del pueblo, tambien vuestro primer deber es respetarla para que él mismo la respete mas; y si el magistrado desea tener en la religion de los pueblos la garantía de su sumision, tambien los pueblos desean hallar en la religion del magistrado la garantía de su jus-ticia y de su decision por las cosas públicas. Di-riamos á todos, á los ricos y á los poderosos del siglo, al literato como al sabio: ¡No es mas re-finada la voluptuosidad, mas ardiente la ambi-cion, mas implacable la venganza; no son mas imperiosas todas las pasiones en las clases mas elevadas por la razon misma de que tienen mas medios de satisfacerlas? ¡Y quereis romper pa-rra estas clases de la sociedad el freno saluda-ble de la religion! Es decir que quereis romper el dique por la parte en que las aguas embisten con mas violencia, quitar el remedio de los pa-

rages mas infestados del contagio, y despojar en fin de los sentimientos religiosos precisamente á aquellos que mas los necesitan. Arrancad primero el orgullo del corazon del hombre instruido, el egoismo del corazon del rico, la pusilanimidad del corazon del magistrado, la ambicion del corazon de los grandes; arrancad, en una palabra, las pasiones del corazon de todo el que no es pueblo, y entónces acaso os será permitido dejar la religion únicamente á este.

*¡La religion es buena solo para el pueblo!* Decid, ó vosotros los que os expresais en semejante lenguaje, responded: ¿de dónde han salido esos funestos escritos que circulando por la Europa entera han alterado en todas partes los verdaderos principios de las cosas, relajado los lazos de la sociedad, contribuido eficazmente á la disolucion universal, y honrado en fin sistemas de qué acaso habeis sido víctimas vosotros y vuestras familias? ¿Han salido acaso, os pregunto, esas producciones de la mano del pueblo? No, no ciertamente: fabricadas en los talleres del falso ingenio, han sido acogidas despues en la casas del rico y del poderoso; ¿y hubieran acaso prostituido sus autores y protectores su talento y su crédito al vicio y al error, si hubieran sido sinceramente religiosos? *¡No es*

*buena la religion mas que para el pueblo!* Pues bien, responded aun: ¿de dónde salen todavía en nuestros dias esas novelas, esos poemas, y esas canciones en que la obscenidad compite con la blasfemia, que corrompen á un tiempo el entendimiento y el corazon, que excitan pasiones prematuras, y descubren toda la corrupcion y la ciencia del vicio hasta en la edad de la inocencia? ¿De dónde salen esas doctrinas del materialismo que degradan la naturaleza humana, y que esparcidas hasta en el seno de los campos, engendran entre sus habitantes cuanto hay mas horroroso, la mas brutal impiedad unida á la ignorancia y á la miseria? Todo nace precisamente de esa clase de hombres para quienes creéis inútil la religion; pero si ella hubiera guiado sus pensamientos y su pluma, ¿cuántos males habria evitado á sus familias y á la sociedad! *¡No es buena la religion mas que para el pueblo!* ¡Justo cielo! ¿Qué seria de la Francia, qué de la Europa si tan funesta máxima llegase á prevalecer? Si únicamente el pueblo tuviese religion, pronto dejaria de tenerla, y muy luego se conoceria lo que él es sin ella. El pueblo tiene tambien su orgullo y su dignidad á su modo; y si nota que se le abandona la religion como cosa despreciable, tambien él

la despreciará. La religion es nada para el que no cree en ella, y no tiene imperio sobre el corazon mas que por la creencia del entendimiento: ¿qué importan en efecto sus promesas ó sus amenazas á los que solo las consideran como ilusiones de una imaginacion alucinada? ¿Y cómo quereis que el pueblo no deje de creer en ella si advierte que es un objeto de irrision para los que por su nacimiento, su instruccion ó sus empleos estan elevados sobre él? El pueblo es naturalmente imitador, y por consiguiente pasaria la impiedad del rico al pobre, del sabio al ignorante, del magistrado al aldeano, y por último se haria popular: un pueblo sin religion siempre será propenso á romper el yugo de las leyes, á trastornar las instituciones sociales, á igualarse con los que están puestos á su cabeza, y siempre se le verá arrojarse á la primera señal de los facciosos á todos los excesos, abusar de su fuerza para destruirlo todo, devorar las potestades con sus titulos, y á los ricos con sus haciendas, hasta en fin devorarse á sí mismo en su propio furor. Este es tarde ó temprano el inevitable efecto del desprecio de la religion en las primeras clases de la sociedad. ¿Y nos dirán todavía que se debe dejar la religion para el pueblo? ¡Qué ciegos estamos,

señores! ¡Apénas por una série de prodigios inauditos hemos salido del abismo, y ya por nuestro sacrilego abandono trabajamos en abrir para nuestros descendientes otro aun mas profundo!

Pero no, no será así: no en vano una experiencia brillante y terrible nos habrá manifestado la nada de esas engañosas doctrinas, y no serán estériles para los hijos las desgracias de los padres: formados en una escuela dura pero saludable, conocerémos mejor que nunca que el edificio social descansa sobre la base eterna de la religion y de la moral. ¡Ah! Si pudiese mi voz, á manera de una trompeta penetrante, resonar á un tiempo en todos los puntos de la Francia, yo me complaceria en exclamar: ¡Franceses dignos de este nombre! Franceses de todas clases y de todas edades, padres virtuosos, hijos dóciles, magistrados íntegros, funcionarios vigilantes, guerreros esforzados, vosotros todos los que deseais ver terminadas nuestras disensiones, estrecharse los corazones, consolidarse la paz y refflorecer las buenas costumbres en el seno de la patria, abjurad para siempre las perversas doctrinas que han causado nuestras desgracias, y acogeos á estas doétrinas sagradas, únicas que pueden regenerarnos. Si todo fué

destruido por las malas doctrinas, sea todo restablecido por las buenas. Yo no intento, señores, dar lecciones de política, ni convertir esta cátedra en tribuna de arengas; pero soy francés, y mi corazón me dice que ama á su Príncipe y á su patria: soy ministro de la religion, y una parte de mi mision es hacer sentir su necesidad: por ambos títulos me corresponde inculcar una verdad que conviene repetir porque incessantemente se olvida; y es que no hay sociedad sin leyes, leyes sin moral, ni moral sin religion; y acabo añadiendo que de todas las religiones de la tierra la mas capaz de reprimir todos los vicios y de inspirar todas las virtudes es la que tenemos la felicidad de profesar, la religion de Jesucristo.

## SOBRE

## EL TESTIMONIO.

**D**ESPUES de haber procurado arraigar en vuestras almas por medio del raciono las verdades sagradas que habiendo nacido con el género humano se han propagado con él y conservado mas ó ménos puras en todos los siglos y todas las regiones de la tierra; vamos, señores, á considerar la revelacion particular que el Criador hizo de ellas; primero al pueblo hebreo por medio de Moises, y despues á todos los pueblos por Jesucristo. Aquí ya se nos abre una nueva carrera; y la duplicada revelacion de que os hablo se nos presenta rodeada de prodigios brillantes, que ostenta como títulos auténticos é irrecusables de su celestial origen; pero nosotros no hemos sido testigos de estos prodigios, y solo los sabemos por el testimonio de las generaciones intermedias que se han sucedido desde la época misma en que se verificaron, hasta nuestros dias. ¡Qué deberémos por consiguiente pensar de este testimonio y de estos